

Por qué los europeos necesitan Europa

Hay cierta coincidencia en que la Unión Europea se encuentra en uno de los momentos más decisivos desde que empezara su andadura, ahora hace cerca de medio siglo. La unión monetaria ha llegado a buen puerto. Parece que el uso cotidiano del euro nos haría a todos un poco más europeos. Sin embargo, una identidad colectiva no se puede basar en una moneda. Ahora parece que es necesario construir una ciudadanía común, es decir, avanzar hacia una integración política más estrecha.

Si queremos una Unión Política habrá que hacerla, porque no vendrá sola. Esta vez, los líderes europeos han llegado a una conclusión muy cierta: para que el debate sobre la "Europa política" llegue a buen puerto, habrá que hacerlo entre todos. Para ello han tomado una decisión inédita en la historia de la Unión: han convocado una "convención" sobre el futuro de Europa, abierta a la participación de los ciudadanos y de la sociedad civil europea en general. En *El Cervo* hemos querido sumarnos al debate. Y lo hemos querido hacer antes de que acabara el semestre de la presidencia española del Consejo Europeo. Para ello nos hemos preguntado: cuál debe ser el rol de Europa en el mundo (Sartorius), cómo podemos poner la Unión Política al servicio del modelo social europeo y de una globalización más solidaria (Comín), cómo compatibilizar la ciudadanía común con la pluralidad nacional (Roca), y cuál es la identidad cultural europea, sobre todo ahora que la embesitada de la "cultura de mercado" norteamericana arreceja (Eymar)— **TONI COMÍN**

La Unión como potencia política mundial

NICOLÁS SARTORIUS
VICEPRESIDENTE EJECUTIVO
DE LA FUNDACIÓN ALTERNATIVAS

Todo el mundo parece coincidir en que el proceso de construcción de la Unión Europea se encuentra en un momento decisivo. La convocatoria de una Convención para delimitar las líneas maestras de la reforma y la Conferencia Intergubernamental del 2004 son las citas más señaladas en esta evolución. Ahora bien, los cambios que deben producirse en la marcha de la Unión no van a germinar en el vacío o en una mesa de laboratorio sino en unas determinadas circunstancias y en el fragor de las luchas políticas y sociales. Una de las razones de la actual desazón, e incluso desconcierto, en que vive la ciudadanía europea radica en el foso existente entre la globalización de los procesos comerciales, económicos y tecnológicos y el carácter todavía "nacional" de la vida política y democrática. Nos encontramos, pues, con una mundialización en una sola dirección, que beneficia a unas exiguas minorías y que, además, escapa al control democrático de la ciudadanía. Esto explicaría la oposición creciente que está encontrando la actual versión de la globalización y el éxito de los movimientos que se oponen a ella.

De otra parte, asistimos al agotamiento del método —funcionalista, del paso a paso, etc.— con el que se había venido construyendo Europa desde los años 50. La precipitación y, sobre todo, la acumulación de los cambios sobrevenidos en los últimos años exige decisiones de más hondo calado sino queremos poner en riesgo el edificio en su

conjunto. La propia ampliación de la Unión a nuevos países no permite seguir con el ritmo actual. De alguna manera hay que caminar hacia una refundación de la Unión Europea. El síntoma más claro de este desfase se está manifestando, en mi opinión, en la crisis de representación política en que vive Europa y que está dando lugar a fenómenos inquietantes de todos conocidos. Porque esta gran reforma que necesitan las instituciones de la Unión se va a producir en un momento de hegemonía de las fuerzas de la derecha y de avance de partidos de ultraderecha. Es decir, en un momento no muy favorable para que triunfen los proyectos más europeístas.

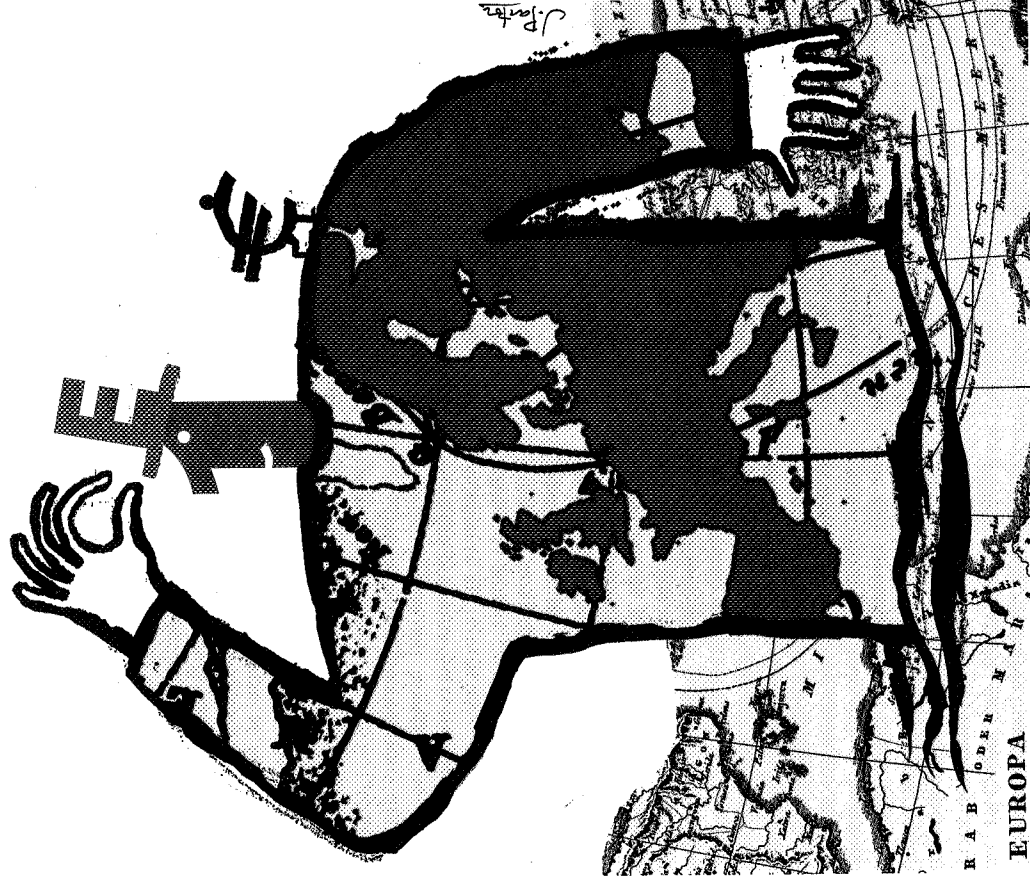
EUROPA, ¿PARA QUÉ?

No obstante, deberemos librar la batalla para que la "cosa" salga lo mejor posible. Y la primera cuestión a la que tenemos que responder es a la pregunta: la Unión Europea ¿para qué? Se pueden tener —y de hecho se tienen— diferentes ideas sobre el futuro de Europa, pero sólo seremos capaces de convertir a la Unión en un sujeto político global si llevamos al ánimo de los ciudadanos que algunos de los problemas más decisivos que tenemos que afrontar sólo encontrarán solución si unimos nuestras fuerzas. Las cuestiones básicas de la paz y de la guerra; el desarrollo de la democracia y de los derechos humanos; el crecimiento económico sostenible; el mantenimiento de la cohesión social, la ayuda al desarrollo del tercer mundo y la trasnacional cuestión de la inmigración; la garantía de un espacio se seguridad

frente a las grandes redes de la delincuencia o el reto en la aplicación masiva de las nuevas tecnologías son todas ellas cuestiones que desbordan con creces los marcos nacionales y exigen la unión de los europeos. Ahora bien, no nos hagamos ilusiones. Si la Unión Europea o mejor dicho los ciudadanos europeos deseamos jugar un papel autónomo en el ancho y proceloso mundo que nos ha tocado en suerte, tenemos que convertir la Unión en una gran potencia mundial no sólo en el orden comercial —que ya lo somos— y en el económico —que lo somos en parte— sino de manera principal en el político.

Y para transformarse en una gran potencia es imprescindible poseer un proyecto de política exterior y de seguridad común y una política de defensa creíble, es decir con los medios suficientes para poder gestionar con eficacia las crisis que se puedan plantear a nivel mundial. La Unión Europea tiene que ser una gran potencia para la paz, para la generalización de los derechos humanos y del bienestar social, pero para ello tiene que ser capaz, también, de comportarse como una gran potencia para la guerra cuando las circunstancias así lo exijan. Tengo serias dudas de que seamos conscientes de las consecuencias que se derivan de la anterior afirmación e incluso creo que una cierta izquierda es incoherente al enfrentarse con ese problema. Por un lado, no nos gusta ser "satélites" de los EEUU cuando se plantean graves crisis internacionales; nos rasgamos las vestiduras ante la impotencia de la Unión Europea en conflictos como los de la ex Yugoslavia, Oriente Medio, Afganistán, etc.; nos irritamos ante el hecho cierto de que al final pagamos las facturas por los destrozos que otros han causado; nos flagelamos afirmando que somos un gigante económico pero un enano político.

Todo ello es bastante cierto, pero luego tenemos tendencia a oponernos a que aumenten los gastos en defensa; somos incapaces de crear una sólida industria militar europea; se imponen los intereses "nacionales" a la hora de elegir socios en cuestiones de fabricación de armamentos. No se trata de competir con los EEUU que lleva muchos años gastando, en esta materia, varias veces la suma de todos los países juntos de la Unión pero, por lo menos, tener la capacidad de colocar una fuerza creíble en cualquier parte del mundo en tiempo útil. De lo contrario no hablemos de autonomía ni de política exterior acompañada de la capaci-



dad de intervención militar acorde con los objetivos que se pretenden alcanzar.

MÁS ALLÁ DE LOS ESTADOS

Hoy en día los grandes objetivos de política exterior y de seguridad desbordan ampliamente los límites de los estados nacionales. Si compartimos esta tesis deberemos afrontar la cuestión de dónde ubicar la competencia para decidir sobre estas materias. Ante la pregunta de ¿quién hace mejor qué cosas? está claro, en mi opinión, que todo lo referente a las grandes decisiones en política exterior y de seguridad comunes lo hace mucho mejor la Unión que los Estados miembros. En consecuencia, esa competencia debería ser atribuida, en exclusiva, a las instituciones de la Unión en la futura Constitución Europea.

Otra cuestión consistiría en dilucidar qué institución sería la encargada de tomar las decisiones en estas materias y cuál sería

el tipo de control democrático al que deberían estar sometidas dichas resoluciones. No me parece realista pensar que los Estados vayan a dejar las decisiones últimas en estas delicadas cuestiones en manos de la Comisión europea. Lo lógico es que esta competencia se incardine en el seno del Consejo europeo, donde están representados los jefes de Estado y de gobierno y su control lo ejerza la "Cámara de los Estados" o el nombre que reciba en el futuro la segunda cámara que, inevitablemente, se tendrá que constituir junto al Parlamento europeo y en la que, de una forma u otra, deberán estar representados los parlamentos nacionales. Porque la Unión Europea jugará un papel positivo en el mundo no sólo si es fuerte económica, política y culturalmente sino sobre todo si es plenamente democrática. Y la democracia supone, entre otras cosas, una clara división de poderes entre el legislativo, el ejecutivo y el judicial, condición que hoy por hoy no se cumple en la Unión Europea. □